

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

La sombra del ombú

POR MONTIEL BALLESTEROS

COMO Inspector de la Defensa Agrícola me tocó el año pasado hacer una jira por el Departamento del Salto. En Sopas, en un almacén junto a un paso que no sé cómo se llama, hube de pernoctar. De noche, luego de la cena, mientras hacíamos una partida de billar con el dueño del comercio, lo interrogué acerca del cumplimiento de las ordenanzas sobre langosta, cuando éste empezó a hacerme desfilar nombres: Ferreira, Trindade, Machado, Pereira, y de pronto, al citar a Roberto Valdivieso, recordé que éste era uno de mis más queridos condiscípulos de la Escuela de Agronomía y, como es natural, sentí locos deseos de verlo, de abrazarlo...

—¿Dónde vive Valdivieso?

—Ahí no más, a media legua, en la estancia que fué del suegro.

—¿Casado?... ¿Y tiene hijos?...

—Una «catervada», sonrió el almancenero.

—Hombre, ¿lo podría ver?...

—Mire,—me dijo,—puede ir mañana temprano;—y con una sonrisa dudosa:—con la fresca lo va a encontrar mejor...

¡Valdivieso! Qué loco bravo aquel, y qué emprendedor e inteligente... Transformado en estanciero y padre de familia... ¡Un triunfador! Un tipo de Reyes. De los que se hacen solos. Enérgico, sin más fortuna que su cabeza privilegiada y sus dos brazos musculosos, se va al campo con su titulito y sus ganas de trabajar, y ahí le tienen... Rico y feliz, posiblemente. Y mire yo, pobre diablo de teórico, con mis tres ensayos «Sobre agricultura intensiva», «Sobre riego» y «Sobre la Abutilón Panciflorum, y sus aplicaciones industriales», y con mi emplello de Inspector que me tiene «como bola sin manija» por todos los rincones de la República.

Aquel sí era un hombre aprovechado. Cuando volviera a Montevideo les iba a echar en cara a los otros compañeros, feroces agrónomos del Ministerio.

En estas ideas me acosté, leí alguna cosilla, y apagué la vieja vela de llama temblequeante y triste.

Naturalmente, soñé con la estancia de Valdivieso, llena de cultivos, de arboledas, de acequias frescas, con su

plantel de aves, con su cremería y su cabaña...

Y el sol del otro día vino a reír con su oro limpio junto a mi pereza ciudadana. Me levanté, y luego de desayunar me hice acompañar por un peón al establecimiento de mi amigo.

Con mi cicerone callado, cruzamos al tranco el arroyo tranquilo y limpio, donde se miraba el monte y el cielo. Sobre las piedras blancas bajaban lentos los terutereros armando su simpática algarabía. Las barrancas rosadas, bordadas de culantrillos, y de donde emergían gruesas raíces, se reflejaban en el agua, y el dulzor melancólico del gemido de las palomas daba una nota de paz, triste...

Seguimos por el camino polvoso y solitario. Se extendían, a la izquierda, los campos monótonos interrumpidos por la serpiente azul marino del monte, por una estancia con dos o tres árboles, y a la derecha se alzaba un cerro abrupto lleno de peñascos grisáceos a los que se enredaba la maraña; más allá una cuchilla en dulces ondulaciones se azulaba y se perdía en el horizonte...

Al tranco, al tranco, habíamos llegado.

—Aquí es, patrón,—me advirtió mi acompañante.

—No puede ser,—le repliqué.

El me miró, movió la cabeza como no queriendo contrariarme, y agregó:

—Esta es la estancia de don Valdivieso; aura si no es pa qui que viene, es otra cosa.

—Pero la estancia de don Roberto Valdivieso, que antes era del suegro.

—La misma de don Toco Andrade, la de los ombuses... Ahistán los ombuses, dos derechos tuavía, uno caído'e viejo.

Estábamos parados frente a una tosca portera de palos mal trabajados y alambre trenzado. Había un camino angosto bordeado de arbolitos de los que se habían quebrado unos, y otros estaban secos, esperando ser repuestos. El camino, de unos ochenta metros, rodeaba unos viejos edificios de piedra, verdinegros de humedad y de años, en cuyos flancos se abrían ventanitas cuadradas con la cruz de sus fuertes rejas de hierro. Sobre los techos de zinc,

enormes piedras hacían guardia a los vientos furiosos. Había unas cocinas con techo de paja, de las que salía un humo tardo, y por sobre aquella tristeza y aquella miseria, se levantaban los ombúes verdes, frondosos, corpulentos... Cuando fuimos a entrar, nos salió la trahilla de perros flacos y sucios, y el peón gritó:

—¡Oh, de casa!

Un negro viejo apareció y espantó la perrada; luego nos invitó con el consabido:

—Pasem pra diante... Apeien.

Y chirrió la portera mísera, y entramos. Yo miraba todo, asombrado y dolorido; iesa era la estancia del triunfador!...

El negro le daba la mano a mi peón y hablaba esa jerga de portugués y castellano, lenguaje usual en la campaña de los departamentos del Norte, que me esfuerzo en reproducir con su acentuación y sus giros característicos.

El peón preguntó por don Valdivieso, diciendo que yo lo quería ver.

Tentado estaba de darme vuelta e irme: ¿qué sorpresa agradable podía darle a mi viejo amigo?; tal vez un mal rato.

Descabalgué y seguí, con el caballo de la rienda, al peón, mientras los perros me olfateaban.

Calentaba el sol, y hacía un fresco agradable bajo los ombúes. Nos alcanzaron toscos bancos de madera y nos sentamos.

La casa era sucia, baja y fea; a un lado, el caño roto, dejando escapar el agua, había hecho en la pared como una herida que ponía al descubierto las piedras negras; al frente, en el suelo, relucía un pequeño pozo formado por las lluvias... Cuatro puertas daban a aquella especie de patio de piedras desperejas, y sólo una estaba abierta. Dentro había una oscuridad de cueva. Por allí apareció Valdivieso con sus anchas bombachas, con las alpargatas en chancleta, volcándosele la panza sobre el cinto de cuero; en camiseta, con el sombrero en los ojos, mirando con fijeza y precaución como si en vez de la luz brutal de la clara mañana, nos rodeara la noche.

Tenía los ojos irritados, el rostro abotagado, carmín violáceo, color que se acentuaba en la nariz hinchada. El bigote le caía sobre la boca fofa que tenía un «pucho» de cigarro de chala.

—Valdivieso, hermano,—cual en nuestros primeros tiempos le grité, y él, como si volviese de un sueño, exclamó, con voz pausada:

—Ah, sos tú, Castrito; pero ¿quién me iba a decir?...

Y nos abrazamos.

—Sentate; ¿qué andás haciendo? ¿Cómo diste con esto?...

Fuimos bajo los ombúes; silbó y vi-